

COLECCION MALON '94

(Por Eduardo Blaustein) –Y ahora vemos a Cristina Canals, vestida muy mona con una blusa larga, recómoda para el verano, con mangas anchas, toda en lino con motivos Santa Fe. Atención al detalle de los botones: son sólo tres, hechos en adobe reconstituido con un sintético, y cada uno representa a un indio americano: Jerónimo, Manco Cápac y Caupolicán. Es un homenaje a nuestros queridos caciques aborígenes, tan reolvidados ¿no?

–Qué maravilla las sandalias, contá de las sandalias.

–Ay, no me vas a creer. Con las sandalias nos inspiramos en Patoruzú. Las plataformas son de cardón y nos las hacen en una comunidad indígena salteña. Es una forma de ayudar a esa pobre gente con lo que podemos. Fijate el detalle del adorno en las tiras. En este caso es una langosta en mimbre. Pero cada sandalia que lanzamos al mercado lleva un bichito argentino distinto: tacuruses, mamboretás, alguaciles, todos típicos de nuestro campo o, por lo menos, del campo de mi marido.

–¿Y cómo se te ocurrió lanzar esta colección Malón '94?

–Fijate que yo desciendo de una familia que peleó contra el indio. Es reloco. Por eso este homenaje. Lo podés ver ahora en el solero de Aymé Quipán, que vino del sur a trabajar en casa como doméstica y yo le propuse modelar por sus rasgos tan exóticos, que ahora se usan mucho. El solero de Aymé está hecho en una sola pieza en arpillera con guardas mapuches que representan lo nuestro, lo telúrico.

–Es muy folk.

–Es muy folk y a la vez muy seventies, fijate la tacuara que carga Aymé: se hace sombrilla para el sol o paraguas. Porque mi idea es también la funcionalidad del diseño. Los breteles permiten mostrar la espalda, en este caso marcada con latigazos que representan el sufrimiento aborigen. Claro que es ideal si vas a la disco con tu pareja que lleva el látigo. Una cosa como de diálogo. Gonzalo, por ejemplo, lleva un rebenque hecho con cuero de Aberdeen-Angus y los borceguíes –que dan la sensación como de explotación, ¿se dice explotación?, qué antigua– se atan con unas culebritas muy lindas, que también disecamos en el campo de mi marido.

–Muy psicodélicas. ¿Eso es más sixties que seventies, no?

–Sí, es parte del rescate de lo nuestro, de la historia. Pero todos somos parte de una aldea global, como decía McCartney. De ahí el anillo de hueso que lleva Aymé en la nariz, que es más tipo afro, onda caníbal. Le da un toque feroz, muy sensual, casi te diría de liberación femenina, aunque yo en eso mucho no creo. Pero ese look salvaje se compensa de alguna manera con el maquillaje y el peinado en flequillo, como más infantil, que es como se lleva en el Amazonas. Ellas hacen un amasijo de pelo y barro, viste, tipo que viven en rearmonía con las cosas de la naturaleza.

–Y nosotras acá que creemos que descubrimos la pólvora con la jena y las máscaras faciales.

–Tal cual. Ahora fijate lo que hace Aymé con la cartera con forma de choclo o marlo, que es una moda que en México sigue estando supervigente. Ahora, con la música que nos acompaña si el señor director pone la cinta, que es un corrido revolucionario... gracias... ahora Aymé extrae de la cartera con forma de choclo un puñal maya de piedra con incrustaciones en ónix.

–¿El puñal es diseño tuyo también?

–¿No te dije? Noooo.... todo lo que es accesorios –la tacuara, el rebenque, el puñal– nos lo hacen especialmente unos chiquitos japoneses, muy modernos, una pareja de gays recomprometida con la colección Malón '94.

–Se está clavando el puñal en la garganta, qué tremendo. ¿Qué representa?

–Bueno, es un poco la cosa del altar de sacrificios, el dios del sol y todo eso. La sangre es sangre auténtica de indio, y lo que busco también es aquello del homenaje al martirio de estos chiquitos zapatistas, que se rebelaron, pobrecitos, hace algunas semanas. Ahora, cuando Aymé se muera va a decir unas palabras en mapuche, tipo ritual.

–¡En mapuche de verdad! ¡No te puedo creer!

–Pará que todavía agoniza. Decime si la sangre no hace juego con las flores de ceibo del peinado. Esas sí, son de plástico.

Por Alfredo Bryce Echenique

En su reciente libro de antimemorias –"Permiso para vivir" (Anagrama)– el escritor peruano Bryce Echenique (1939) confirma lo que sus seguidores venían sospechando desde hace rato: el hombre poco y nada tiene que envidiarles a sus atribulados y siempre vertiginosos personajes que pueden empezar llamándose Julius, Martín Romaña o Felipe Carrillo pero que siempre acaban confundiéndose con la sombra y la carcajada omnipresente de aquel que supo lanzarlos al mundo y a las páginas.

LA CORTA
DE ALFRE

Siempre recordaré con nostalgia infinita aquellos cinco años en que fui escritor y punto. Empezaron durante el verano europeo del '65 en la pequeña ciudad italiana de Peruggia, al cabo de mis primeros nueve meses en París, intensos, felices, plagados de breves desplazamientos a Londres, Bruselas, Amsterdam y varias ciudades alemanas. Me pregunto ahora si huía de algo cada vez que abandonaba París y creo que debo inclinarme ante una respuesta afirmativa: huía de mí mismo, de un enorme y bastante justificado temor a no ser el escritor que durante años había soñado ser. Todo sonaba a farsa en los siete años transcurridos en Lima, desde que abandoné el colegio San Pablo para ingresar a la Universidad de Cambridge, en Inglaterra (llegué incluso a prepararme para aquellos exámenes y trámites), y terminé matriculado en la Universidad de San Marcos, en Lima. En Cambridge iba a escribir y estudiar literatura; en San Marcos, en cambio, por obra y arte de una tenaz oposición de mi padre, no logré escribir una sola página y terminé graduándome de abogado siete años después de haberles dicho a mis compañeros de colegio que pronto verían mi primer libro impreso.

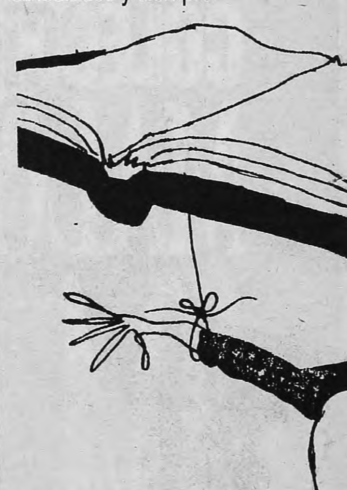
París era demasiado grande y hermoso e importante como para que uno no dudara de algo y a lo mejor yo no había nacido para escribir ni para ser hombre de literatura, ni siquiera para ser abogado, cosa que por lo demás ya había quedado ampliamente demostrada ante los pobres abogados que me tuvieron de practicante en sus bufetes limeños. Ante el temor de no haber nacido para nada y de estarlo descubriendo nada menos que en París, tal vez lo mejor era huir y huía por todas aquellas ciudades europeas tan propicias para un buen aturdimiento del cuerpo y del alma, de la vigilia, el sueño, y los sueños de una adolescencia que de pronto había cumplido ya los veinticinco años de edad con todas sus cuartillas en blanco tal vez para siempre. ¿Qué sería de mí entonces? ¿Quién era y qué querría Alfredo Bryce en la vida y de la vida? ¿Para qué había gozado estudiando literatura al mismo tiempo que un millón de leyes absurdas? ¿Para qué había estudiado idiomas alegando que se negaba a leer traducciones, por ejemplo? ¿No había un lugar en el mundo donde uno pudiera retirarse unos meses sin aturdimiento alguno? Alguien me habló entonces de Peruggia y la palabra me sonó a serenidad y a conócete a ti mismo de una vez por todas, pedazo de imbécil. Siempre he creído que la primera página que escribí en mi vida fue la venta de aquel billete de regreso a Lima con cuyo importe regresé a mí mismo, al muchacho ordenado y estudioso que había soñado escolarmente con ser escritor y que tanta oposición paterna y tantas burlas de amigos incrédulos habían alejado de sus cuartillas en blanco. Hacía nueve meses que mi madre me escribía puntualmente cada semana y me preguntaba por aquellas cuartillas que yo sólo llenaba con respuestas también puntuales pero en las que le hablaba de todo menos de un cuento o de un proyecto de novela. Ella había sido la única persona que me había declarado escritor a diestra y siniestra. Ella había tenido paciencia y confianza y por eso en el tren rumbo a Peruggia sus cartas al escritor ocupaban un lugar privilegiado en el ligero equipaje de mi debut italiano y literario.

No habían pasado ni cuarenta y ocho horas de mi llegada a Peruggia y estaba llorando de emoción y además no me lo podía creer. Una habitación de estudiante, las obras completas de varios clásicos rusos, y la mesa de trabajo ante un espejo. Sí, nada menos que ante un espejo porque hasta quería ver el sonido de mi Hermes portátil y el primer párrafo aquel que había escrito en mi vida y que además me gustaba mucho porque decía cosas que había querido expresar toda mi vida. Esta vez era yo quien me había bautizado con el nombre de Alfredo Bryce y había elegido la profesión de escritor y punto. Pero esto de escritor y punto no es tan fácil porque nacer de nuevo implica también crecer de nuevo y yo siempre como que he crecido bastante mal. Con gran dificultad, en todo caso. Pero aún faltaban como cinco años para dejar de ser niño y hoy puedo recordar esa primera infancia literaria y parafrasear aquel extraordinario relato de Ernest Hemingway sobre los hechos de una breve vida feliz y hablar de la corta vida feliz de Alfredo Bryce.

Un gran amigo fue testigo de mi segundo nacimiento en Peruggia. Su nombre es François Mujica y me enorgullezco de mantener con él una correspondencia que hoy tiene ya como veintitrés años... Este "divino calvo" de la amistad había viajado conmigo a Francia en aquel otoño (primavera, más o menos, en el Perú), y debía regresar pronto a Lima. Había viajado también con él por Bélgica, Holanda y Alemania, en mis famosas fugas con aturdimiento y miedo a la cuartilla en blanco de mi destino, y su visita de despedida se me presentaba como una fiesta tranquila en la que François me escucharía leerle el primer cuento que había escrito en mi vida. Creo que lo hice muy feliz, por aquello de divino calvo de la amistad, y su despedida alegre hacia su propio destino peruano me lanzó a terminar un libro entero que nunca pasé en limpio porque yo nunca había pensado pasar en limpio nada y porque me lo robaron el día de mi regreso a París.

Lo empecé de nuevo y tampoco lo iba a pasar en limpio porque en eso consistía para mí aquello de ser un escritor y punto. Me encantaba, en cambio, leerle páginas en alta voz a Maggie, la muchacha recién llegada de Lima y con la cual ya me podía casar, por la simple y sencilla razón de que ya era escritor y punto, o sea Alfredo Bryce, o sea un hombre profundamente enamorado de ella y con una vocación que ofrecerle en vez de tantos años de dudas y leyes absurdas y de fugas que de parrandas limeñas pasaron a vagancias y extravagancias europeas con amigos para perder el tiempo hasta perderme de vista a mí mismo. Maggie me escuchaba leerle con santa paciencia y además le gustaba e incluso no escondía cierto orgullo de aquel loquito que ni siquiera ordenaba bien sus cuartillas, que solía mancharlas de vino, y que confundía con insistencia pertinaz el leérselas a todo amigo que cayera por el departamento con lo que es realmente pasar un libro o una novela en limpio. Ella estudiaba cooperativismo por aquella época y una fría mañana de enero se casó con un escritor llamado Alfredo Bryce. Fue una boda alegre y la luna de miel, realmente feliz, consistió simplemente en que ella se mudó de departamento y durmió a mi lado y continuó con su cooperativismo mientras yo seguía escribiendo sin pasar en limpio. Pero la mala suerte quiso que por aquellos días algunos amigos encontraran que mis primeros cuentos merecían un destino mejor que llenarse de manchas de vino o salir totalmente arrugados de un bolsillo del pantalón. Me ayudaron a pasarlos en limpio con el título de *Huerto cerrado* (la versión escrita en Peruggia, robada en París y vuelta a escribir en una *chambre de Junne;* se titulaba huachafamente y con mensaje a la humanidad *El camino es así,* por lo que Julio Ramón Ribeyro tuvo a bien armarse de coraje, soltarme la verdad sobre mi titulito y proceder a cambiarlo por *Huerto cerrado)* y la verdad es que ni cuenta me di porque yo andaba metido en el lecho matrimonial con Maggie o en *Un mundo para Julius* conmigo mismo y para que Maggie me quisiera muchísimo más mientras estudiaba cooperativismo y estallaba mayo del '68. Mientras tanto, *Huerto cerrado* literalmente aparecía y desaparecía en Cuba.

Me explico: Cuba era un país lejano y solo por causa del bloqueo pero, aun así, alguien se llevó *Huerto cerrado* hasta La Habana y el libro fue presentado al internacionalmente famoso concurso de la Casa de las Américas. Pasaron meses sin que supiera de su destino, hasta que de pronto pasó por París el escritor chileno Jorge Edwards. Venía nada menos que de La Habana y había sido jurado del concurso con otras cuatro personas, entre las que se hallaban el excelente crítico, traductor y profesor de La Sorbona, Claude Couffon, y el gran poeta peruano Emilio Adolfo Westphalen, que había publicado mi primer cuento en una revista llamada *Amaru,* famosa en muchos países por aquellos años, pero que para mi ignorancia de todo lo que no fuera Maggie y ser escritor y punto era algo tan lejano y solo como la revolución cubana. Jorge Edwards, el primer escritor extranjero que conocí en mi vida, me contó que *Huerto cerrado* había obtenido una mención honrosa en el concurso, que había gustado bastante, que el fallo había sido discutido y estrecho, que el libro se iba a publicar en La Habana, pero a mí todo aquello como que me entró por una oreja y me salió por la otra, tal vez porque *Un mundo para Julius* era lo único que me importaba en la vida con Maggie, tal vez porque Cuba me quedaba tan pero tan lejos que un libro publicado por esos allende los mares era como un libro jamás pasado en limpio, y tal vez porque de pronto recordé aquella frase de Hemingway según la cual un libro terminado es un león muerto. Total que lo que realmente le agradecí a Jorge Edwards, al final de



LA CORTA VIDA FELIZ DE ALFREDO BRYCE

Por Alfredo Bryce Echenique

En su reciente libro de antimemorias –"Permiso para vivir" (Anagrama)– el escritor peruano Bryce Echenique (1939) confirma lo que sus seguidores venían sospechando desde hace rato: el hombre poco y nada tiene que envidiarles a sus atribulados y siempre vertiginosos personajes que pueden empezar llamándose Julius, Martín Romaña o Felipe Carrillo pero que siempre acaban confundiéndose con la sombra y la carcajada omnipresente de aquel que supo lanzarlos al mundo y a las páginas.

Siempre recordaré con nostalgia infinita aquellos cinco años en que fui escritor y punto. Empezaron durante el verano europeo del '65 en la pequeña ciudad italiana de Peruggia, al cabo de mis primeros nueve meses en París, intensos, felices, plagados de breves desplazamientos a Londres, Bruselas, Amsterdam y varias ciudades alemanas. Me pregunto ahora si huía de algo cada vez que abandonaba París y creo que debo inclinarme ante una respuesta afirmativa: huía de mí mismo, de un enorme y bastante justificado temor a no ser el escritor que durante años había soñado ser. Todo sonaba a farsa en los siete años transcurridos en Lima, desde que abandoné el colegio San Pablo para ingresar a la Universidad de Cambridge, en Inglaterra (llegué incluso a prepararme para aquellos exámenes y trámites), y terminé matriculado en la Universidad de San Marcos, en Lima. En Cambridge iba a escribir y estudiar literatura; en San Marcos, en cambio, por obra y arte de una tenaz oposición de mi padre, no logré escribir una sola página y terminé graduándome de abogado siete años después de haberles dicho a mis compañeros de colegio que pronto verían mi primer libro impreso.

París era demasiado grande y hermoso e importante como para que uno no dudara de algo y a lo mejor yo no había nacido para escribir ni para ser hombre de literatura, ni siquiera para ser abogado, cosa que por lo demás ya había quedado ampliamente demostrada ante los pobres abogados que me tuvieron de practicante en sus bufetes limeños. Ante el temor de no haber nacido para nada y de estarlo descubriendo nada menos que en París, tal vez lo mejor era huir y huía por todas aquellas ciudades europeas tan propicias para un buen aturdimiento del cuerpo y del alma, de la vigilia, el sueño, y los sueños de una adolescencia que de pronto había cumplido ya los veinticinco años de edad con todas sus cuartillas en blanco tal vez para siempre. ¿Qué sería de mí entonces? ¿Quién era y qué querría Alfredo Bryce en la vida y de la vida? ¿Para qué había gozado estudiando literatura al mismo tiempo que un millón de leyes absurdas? ¿Para qué había estudiado idiomas alegando que se negaba a leer traducciones, por ejemplo? ¿No había un lugar en el mundo donde uno pudiera retirarse unos meses sin aturdimiento alguno? Alguien me habló entonces de Peruggia y la palabra me sonó a serenidad y a conócete a ti mismo de una vez por todas, pedazo de imbécil. Siempre he creído que la primera página que escribí en mi vida fue la venta de aquel billete de regreso a Lima con cuyo importe regresé a mí mismo, al muchacho ordenado y estudioso que había soñado escolarmente con ser escritor y que tanta oposición paterna y tantas burlas de amigos incrédulos habían alejado de sus cuartillas en blanco. Hacía nueve meses que mi madre me escribía puntualmente cada semana y me preguntaba por aquellas cuartillas que yo sólo llenaba con respuestas también puntuales pero en las que le hablaba de todo menos de un cuento o de un proyecto de novela. Ella había sido la única persona que me había declarado escritor a diestra y siniestra. Ella había tenido paciencia y confianza y por eso en el tren rumbo a Peruggia sus cartas al escritor ocupaban un lugar privilegiado en el ligero equipaje de mi debut italiano y literario.

No habían pasado ni cuarenta y ocho horas de mi llegada a Peruggia y estaba llorando de emoción y además no me lo podía creer. Una habitación de estudiante, las obras completas de varios clásicos rusos, y la mesa de trabajo ante un espejo. Sí, nada menos que ante un espejo porque hasta quería ver el sonido de mi Hermes portátil y el primer párrafo aquel que había escrito en mi vida y que además me gustaba mucho porque decía cosas que había querido expresar toda mi vida. Esta vez era yo quien me había bautizado con el nombre de Alfredo Bryce y había elegido la profesión de escritor y punto. Pero esto de escritor y punto no es tan fácil porque nacer de nuevo implica también crecer de nuevo y yo siempre como que he crecido bastante mal. Con gran dificultad, en todo caso. Pero aún faltaban como cinco años para dejar de ser niño y hoy puedo recordar esa primera infancia literaria y parafrasear aquel extraordinario relato de Ernest Hemingway sobre los hechos de una breve vida feliz y hablar de la corta vida feliz de Alfredo Bryce.

Un gran amigo fue testigo de mi segundo nacimiento en Peruggia. Su nombre es François Mujica y me enorgullezco de mantener con él una correspondencia que hoy tiene ya como veintitrés años... Este "divino calvo" de la amistad había viajado conmigo a Francia en aquel otoño (primavera, más o menos, en el Perú), y debía regresar pronto a Lima. Había viajado también con él por Bélgica, Holanda y Alemania, en mis famosas fugas con aturdimiento y miedo a la cuartilla en blanco de mi destino, y su visita de despedida se me presentaba como una fiesta tranquila en la que François me escucharía leerle el primer cuento que había escrito en mi vida. Creo que lo hice muy feliz, por aquello de divino calvo de la amistad, y su despedida alegre hacia su propio destino peruano me lanzó a terminar un libro entero que nunca pasé en limpio porque yo nunca había pensado pasar en limpio nada y porque me lo robaron el día de mi regreso a París.

Lo empecé de nuevo y tampoco lo iba a pasar en limpio porque en eso consistía para mí aquello de ser un escritor y punto. Me encantaba, en cambio, leerle páginas en alta voz a Maggie, la muchacha recién llegada de Lima y con la cual ya me podía casar, por la simple y sencilla razón de que ya era escritor y punto, o sea Alfredo Bryce, o sea un hombre profundamente enamorado de ella y con una vocación que ofrecerle en vez de tantos años de dudas y leyes absurdas y de fugas que de parrandas limeñas pasaron a vagancias y extravagancias europeas con amigos para perder el tiempo hasta perderme de vista a mí mismo. Maggie me escuchaba leerle con santa paciencia y además le gustaba e incluso no escondía cierto orgullo de aquel loquito que ni siquiera ordenaba bien sus cuartillas, que solía mancharlas de vino, y que confundía con insistencia pertinaz el leérselas a todo amigo que cayera por el departamento con lo que es realmente pasar un libro o una novela en limpio. Ella estudiaba cooperativismo por aquella época y una fría mañana de enero se casó con un escritor llamado Alfredo Bryce. Fue una boda alegre y la luna de miel, realmente feliz, consistió simplemente en que ella se mudó de departamento y durmió a mi lado y continuó con su cooperativismo mientras yo seguía escribiendo sin pasar en limpio. Pero la mala suerte quiso que por aquellos días algunos amigos encontraran que mis primeros cuentos merecían un destino mejor que llenarse de manchas de vino o salir totalmente arrugados de un bolsillo del pantalón. Me ayudaron a pasarlos en limpio con el título de *Huerto cerrado* (la versión escrita en Peruggia, robada en París y vuelta a escribir en una *chambre de Junne;* se titulaba huachafamente y con mensaje a la humanidad *El camino es así,* por lo que Julio Ramón Ribeyro tuvo a bien armarse de coraje, soltarme la verdad sobre mi titulito y proceder a cambiarlo por *Huerto cerrado)* y la verdad es que ni cuenta me di porque yo andaba metido en el lecho matrimonial con Maggie o en *Un mundo para Julius* conmigo mismo y para que Maggie me quisiera muchísimo más mientras estudiaba cooperativismo y estallaba mayo del '68. Mientras tanto, *Huerto cerrado* literalmente aparecía y desaparecía en Cuba.

Me explico: Cuba era un país lejano y solo por causa del bloqueo pero, aun así, alguien se llevó *Huerto cerrado* hasta La Habana y el libro fue presentado al internacionalmente famoso concurso de la Casa de las Américas. Pasaron meses sin que supiera de su destino, hasta que de pronto pasó por París el escritor chileno Jorge Edwards. Venía nada menos que de La Habana y había sido jurado del concurso con otras cuatro personas, entre las que se hallaban el excelente crítico, traductor y profesor de La Sorbona, Claude Couffon, y el gran poeta peruano Emilio Adolfo Westphalen, que había publicado mi primer cuento en una revista llamada *Amaru,* famosa en muchos países por aquellos años, pero que para mi ignorancia de todo lo que no fuera Maggie y ser escritor y punto era algo tan lejano y solo como la revolución cubana. Jorge Edwards, el primer escritor extranjero que conocí en mi vida, me contó que *Huerto cerrado* había obtenido una mención honrosa en el concurso, que había gustado bastante, que el fallo había sido discutido y estrecho, que el libro se iba a publicar en La Habana, pero a mí todo aquello como que me entró por una oreja y me salió por la otra, tal vez porque *Un mundo para Julius* era lo único que me importaba en la vida con Maggie, tal vez porque Cuba me quedaba tan pero tan lejos que un libro publicado por esos allende los mares era como un libro jamás pasado en limpio, y tal vez porque de pronto recordé aquella frase de Hemingway según la cual un libro terminado es un león muerto. Total que lo que realmente le agradecí a Jorge Edwards, al final de nuestro simpático encuentro, fueron las copas de un excelente vino que me invitó con sencillez de *connaisseur* y la generosidad de un adivino que se dio cuenta de que por toda hacienda yo sólo disponía de un restaurante universitario.

Pasaron semanas y semanas y nunca más debía saber cuál fue el destino de *Huerto cerrado* hasta que un día el cartero tocó dos veces. La primera, por la mañana, con el telegrama que anunciaba que había ganado el premio Casa de las Américas, y la segunda, por la tarde, con el telegrama que anunciaba que había obtenido mención honrosa en el concurso Casa de las Américas. Sólo recuerdo que a Maggie y a mí nos hizo una gracia terrible eso de ganar y perder la lotería por telegrama mandado desde el Caribe y que semanas después yo seguía mostrándole ambas noticias a cuanto amigo encontraba y que todo el mundo se mataba de risa y afirmaba más o menos lo mismo: "Típica cosa tuya, Alfredo". Hoy, con un poquito de esa estúpida paranoia que tanto he visto por ahí, podría afirmar que un espía cubano me robó mis ajados y manchados telegramas. Estoy segurísimo, sin embargo, que nunca seré lo suficientemente importante como para merecer espía propio y que si perdí los telegramas fue por andárselos enseñando a medio mundo con una copa de vino en cada mano y con cada telegrama en la misma cada mano. Mientras tanto *Un mundo para Julius* seguía crece y crece porque me encantaba escribir ese libro y hasta hoy seguiría escribiéndolo si no es porque llegó el caluroso mes de julio y tuve que cerrarlo por vacaciones.

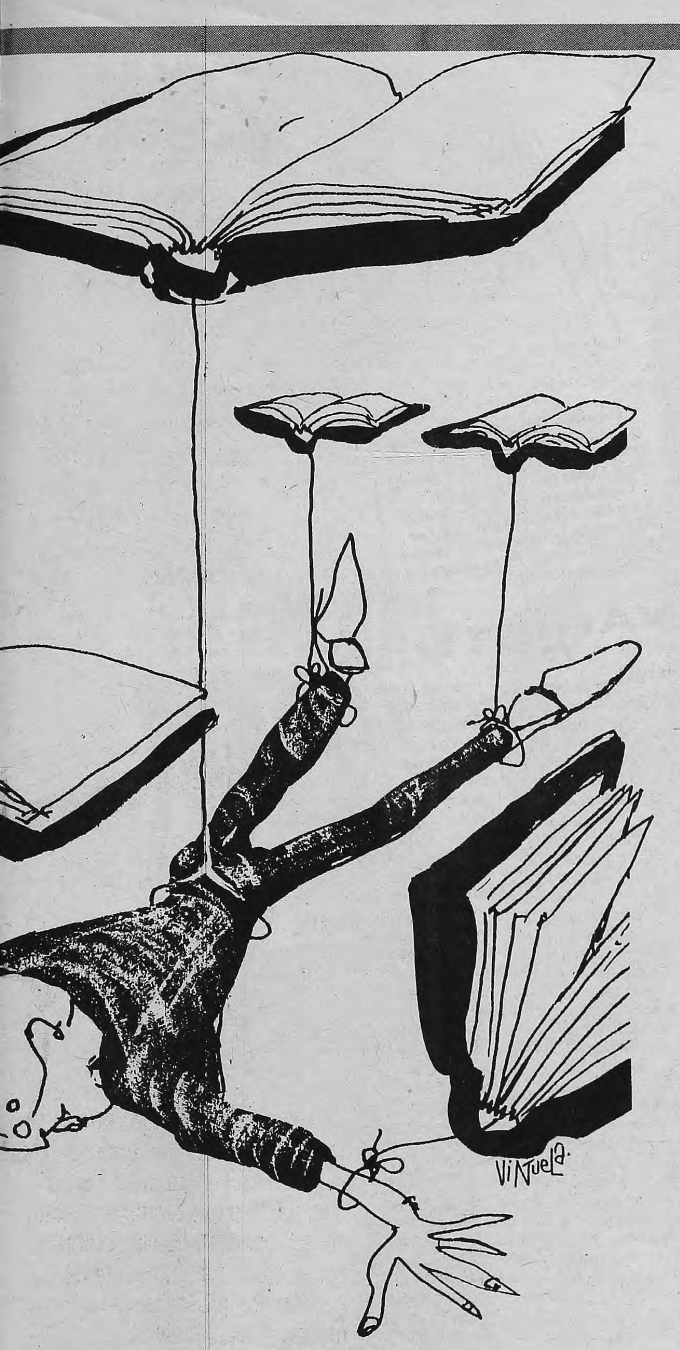
Así terminó la escritura de ese libro, casi sin darme cuenta, y también sin darme cuenta un día me encontré pasándolo en limpio, nuevamente empujado por algunos buenos amigos y sin sospechar que con su publicación en España empezaría a viajar como escritor, a ser saludado como escritor,a recibir cartas como escritor, a tener que responder preguntas sobre todo lo divino y humano como escritor, pero a observar y vivir en carne propia, no como escritor sino como hombre, que la corta vida feliz de Alfredo Bryce estaba llegando a su fin y que un matrimonio feliz también estaba llegando a su fin y que sólo la situación tan cómica que se produjo cuando vi mi primer libro impreso lograría salvarme, al haber despertado en mí un profundo sentido de humor y autoironía, de aquella estética de la autodestrucción que reemplazó en mí durante largos años a la corta vida feliz de un joven escritor y punto.

Esta historia me encanta y me encanta contarla porque, por más absurda que resulte, fue para mí entonces toda una lección y desde que la viví la atesoré y la he llevado conmigo siempre por donde voy ya que es portátil y profunda como una filosofía de bolsillo. La izquierda política (sobre todo la "tercermundista") frecuentaba una librería del barrio latino cuyo nombre traducido literalmente al castellano era *El goce de leer*. En ella compraban los pocos y robaban los casi todos, por la sencilla razón de que, aunque la librería tenía sus muy celosos guardianes, si éstos lo pescaban a uno en pleno robo izquierdista, lo amonestaban y hasta lo arrojaban a la calle (esto último sobre todo en el muy frecuente caso de reincidencia), pero jamás lo denunciaban a la policía; por ser éste un acto digno de una librería de derechas. Pues bien, una noche, andaba yo mirando libros, cuando de pronto me di con siete ejemplares bien ordenaditos de un libro verde cuyo título era *Huerto cerrado* y cuyo autor era además un tal Alfredo Bryce.

Había pasado mucho tiempo desde el encuentro con Jorge Edwards e incluso desde la pérdida de mis telegramas, pero el libro como que insistía en llamarme la atención y hasta me despertaba alguna sospecha de *cosa nostra* porque andaba entre muchos libros más publicados en Cuba. Saqué uno, lo hojeé, y los títulos como que también eran de cuentos que yo había escrito y punto. Claro que pasados en limpio, primero y en letra impresa, después, como que se habían alejado para siempre de mí. Pero nada tan lejano de mí como el precio y mucho más cuando sumaba el total de los siete ejemplares. Decidí entonces poner las manos en la masa, pensando en lo feliz que haría a mi madre y a mis otros seres queridos y recuerdo la pena profunda que sentí al pensar en la muerte de mi padre algún tiempo atrás. El ya nunca sabría que su hijo, educado para ser banquero y abogado, acababa de descubrirse escritor impreso. El nada sabría nunca de una corta vida feliz que también en ese instante, simbólicamente, encarnada en un libro verde, en un objeto demasiado caro para el hijo al que tantos dólares le había enviado hasta su muerte y que, a menudo, se los había devuelto sin que nadie lo supiera, estaba llegando a su fin.

Por supuesto que me pescaron y casi de inmediato. No puede uno estarse robando siete libros al mismo tiempo y andar pensando en tantas cosas y sintiendo todo lo que yo estaba sintiendo. Lo que sí, reaccioné, y reaccioné en gran forma y mejor estilo porque al cabo de muy pocos minutos tanto el guardián como el vendedor de *El goce de leer* como que se habían arrinconado y hasta empezaban a pedirle todo tipo de disculpas a aquel joven escritor tan pero tan pobre que no podía ni siquiera comprarse sus propios libros. Optaron por fin por regalarle íntegro el pequeño stock de siete ejemplares y hasta uno que otro periódico cubano que había por ahí cerca, sobre una mesa. Y el joven y muy pobre escritor hizo rápido abandono triunfal de la librería con los siete ejemplares de *Huerto cerrado* impreso, no mucho tiempo antes de que también en España se asegurara la impresión de *Un mundo para Julius* aunque ya no como la primera novela de Alfredo Bryce sino como la primera novela de Alfredo Bryce Echenique. ¿Qué había pasado? Poca cosa, en el fondo, si pensamos en lo que realmente estaba ocurriendo. Mi madre, que como ya lo he escrito, había sido la única persona en confiar en el escritor que tantos años tuvo que postergar su vocación, protestó al ver que su nombre había quedado excluido de la carátula de *Huerto cerrado*. Por eso añadí mi apellido materno al publicar mi segundo libro, unos cinco años después de haberme sentado por primera vez ante una verdadera cuartilla en blanco, en la pequeña ciudad de Peruggia. *Un mundo para Julius* fue una novela de bastante éxito, en su publicación, pero en cambio mil desengaños e infortunios estaban trayéndose abajo –y, lo peor de todo, con cara de ya para siempre– la corta vida feliz de Alfredo Bryce "escritor y punto".

Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Anagrama



VIDA FELIZ
DO BRYCE

nuestro simpático encuentro, fueron las copas de un excelente vino que me invitó con sencillez de *connaisseur* y la generosidad de un adivino que se dio cuenta de que por toda hacienda yo sólo disponía de un restaurante universitario.

Pasaron semanas y semanas y nunca más debía saber cuál fue el destino de *Huerto cerrado* hasta que un día el cartero tocó dos veces. La primera, por la mañana, con el telegrama que anunciaba que había ganado el premio Casa de las Américas, y la segunda, por la tarde, con el telegrama que anunciaba que había obtenido mención honrosa en el concurso Casa de las Américas. Sólo recuerdo que a Maggie y a mí nos hizo una gracia terrible eso de ganar y perder la lotería por telegrama mandado desde el Caribe y que semanas después yo seguía mostrándole ambas noticias a cuanto amigo encontraba y que todo el mundo se mataba de risa y afirmaba más o menos lo mismo: "Típica cosa tuya, Alfredo". Hoy, con un poquito de esa estúpida paranoia que tanto he visto por ahí, podría afirmar que un espía cubano me robó mis ajados y manchados telegramas. Estoy segurísimo, sin embargo, que nunca seré lo suficientemente importante como para merecer espía propio y que si perdí los telegramas fue por andárselos enseñando a medio mundo con una copa de vino en cada mano y con cada telegrama en la misma cada mano. Mientras tanto *Un mundo para Julius* seguía crece y crece porque me encantaba escribir ese libro y hasta hoy seguiría escribiéndolo si no es porque llegó el caluroso mes de julio y tuve que cerrarlo por vacaciones.

Así terminó la escritura de ese libro, casi sin darme cuenta, y también sin darme cuenta un día me encontré pasándolo en limpio, nuevamente empujado por algunos buenos amigos y sin sospechar que con su publicación en España empezaría a viajar como escritor, a ser saludado como escritor,a recibir cartas como escritor, a tener que responder preguntas sobre todo lo divino y humano como escritor, pero a observar y vivir en carne propia, no como escritor sino como hombre, que la corta vida feliz de Alfredo Bryce estaba llegando a su fin y que un matrimonio feliz también estaba llegando a su fin y que sólo la situación tan cómica que se produjo cuando vi mi primer libro impreso lograría salvarme, al haber despertado en mí un profundo sentido de humor y autoironía, de aquella estética de la autodestrucción que reemplazó en mí durante largos años a la corta vida feliz de un joven escritor y punto.

Esta historia me encanta y me encanta contarla porque, por más absurda que resulte, fue para mí entonces toda una lección y desde que la viví la atesoré y la he llevado conmigo siempre por donde voy ya que es portátil y profunda como una filosofía de bolsillo. La izquierda política (sobre todo la "tercermundista") frecuentaba una librería del barrio latino cuyo nombre traducido literalmente al castellano era *El goce de leer*. En ella compraban los pocos y robaban los casi todos, por la sencilla razón de que, aunque la librería tenía sus muy celosos guardianes, si éstos lo pescaban a uno en pleno robo izquierdista, lo amonestaban y hasta lo arrojaban a la calle (esto último sobre todo en el muy frecuente caso de reincidencia), pero jamás lo denunciaban a la policía; por ser éste un acto digno de una librería de derechas. Pues bien, una noche, andaba yo mirando libros, cuando de pronto me di con siete ejemplares bien ordenaditos de un libro verde cuyo título era *Huerto cerrado* y cuyo autor era además un tal Alfredo Bryce.

Había pasado mucho tiempo desde el encuentro con Jorge Edwards e incluso desde la pérdida de mis telegramas, pero el libro como que insistía en llamarme la atención y hasta me despertaba alguna sospecha de *cosa nostra* porque andaba entre muchos libros más publicados en Cuba. Saqué uno, lo hojeé, y los títulos como que también eran de cuentos que yo había escrito y punto. Claro que pasados en limpio, primero y en letra impresa, después, como que se habían alejado para siempre de mí. Pero nada tan lejano de mí como el precio y mucho más cuando sumaba el total de los siete ejemplares. Decidí entonces poner las manos en la masa, pensando en lo feliz que haría a mi madre y a mis otros seres queridos y recuerdo la pena profunda que sentí al pensar en la muerte de mi padre algún tiempo atrás. El ya nunca sabría que su hijo, educado para ser banquero y abogado, acababa de descubrirse escritor impreso. El nada sabría nunca de una corta vida feliz que también en ese instante, simbólicamente, encarnada en un libro verde, en un objeto demasiado caro para el hijo al que tantos dólares le había enviado hasta su muerte y que, a menudo, se los había devuelto sin que nadie lo supiera, estaba llegando a su fin.

Por supuesto que me pescaron y casi de inmediato. No puede uno estarse robando siete libros al mismo tiempo y andar pensando en tantas cosas y sintiendo todo lo que yo estaba sintiendo. Lo que sí, reaccioné, y reaccioné en gran forma y mejor estilo porque al cabo de muy pocos minutos tanto el guardián como el vendedor de *El goce de leer* como que se habían arrinconado y hasta empezaban a pedirle todo tipo de disculpas a aquel joven escritor tan pero tan pobre que no podía ni siquiera comprarse sus propios libros. Optaron por fin por regalarle íntegro el pequeño stock de siete ejemplares y hasta uno que otro periódico cubano que había por ahí cerca, sobre una mesa. Y el joven y muy pobre escritor hizo rápido abandono triunfal de la librería con los siete ejemplares de *Huerto cerrado* impreso, no mucho tiempo antes de que también en España se asegurara la impresión de *Un mundo para Julius* aunque ya no como la primera novela de Alfredo Bryce sino como la primera novela de Alfredo Bryce Echenique. ¿Qué había pasado? Poca cosa, en el fondo, si pensamos en lo que realmente estaba ocurriendo. Mi madre, que como ya lo he escrito, había sido la única persona en confiar en el escritor que tantos años tuvo que postergar su vocación, protestó al ver que su nombre había quedado excluido de la carátula de *Huerto cerrado*. Por eso añadí mi apellido materno al publicar mi segundo libro, unos cinco años después de haberme sentado por primera vez ante una verdadera cuartilla en blanco, en la pequeña ciudad de Peruggia. *Un mundo para Julius* fue una novela de bastante éxito, en su publicación, pero en cambio mil desengaños e infortunios estaban trayéndose abajo –y, lo peor de todo, con cara de ya para siempre– la corta vida feliz de Alfredo Bryce "escritor y punto".

Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Anagrama

Verano/12

REVELE SUS FOTOS EN CUORE FOTOCOLOR EN MINUTOS Y PLANTE UN ARBOL CON IDEA EN MAR DEL PLATA



MUSICA

• **Marilina Ross**, mañana a las 22 en el Teatro Roxy (San Luis 1742).
• **Nancy Anka**, el sábado a las 22 en el Teatro Roxy (San Luis 1742).
• **Miguel de Caro Trío**: saxo, bandoneón y piano (Hoy, a las 22). **Opus 4**, mañana a las 22. **Ietzira**, danzas folklóricas israelíes (sábado, a las 22). **Tangazo**, domingo 16 a las 20. **Marilina Ross**, domingo 16 a las 22. **Bruno Gelber**, lunes 17 a las 22. **Jairo**, martes 18 a las 22.
• **Quinteto Municipal de Cuerdas**, mañana a las 22 en el Teatro del Notariado (Independencia y Colón).
• **Malvinas, canto al sentimiento de un pueblo.** Grupo **Arteón** de Rosario, dir. por Néstor Zapata. Música: **Litto Nebbia.** El sábado a las 22 en el Teatro Payró (Casino Central).
• **Grupo Bocacalle** (música latinoamericana), mañana a las 22, en Teatro del Patio. **4 + 1 La Compañía** (music hall), mañana a la 0.30 en Teatro del Patio. **Living**, recitales de **Luis Caro**, el sábado a las 22, en Teatro del Patio. **Del Barrio al Asfalto**, tango, por **Julio Fontán**, el lunes 17 a las 21.30 en Sala B. **Los Terodácticos** (rock), martes 18 a las 20, en Teatro del Patio. **Alejandro Herrera & Friends** (jazz), martes 18 a las 22.30 en Teatro del Patio. En Centro Cultural General Pueyrredón, 25 de Mayo y Catamarca.
• **Dreams**, rock. Miércoles 19 desde la 0, en Balcao Bar (Rivadavia y Diagonal Pueyrredón).

EL OTRO CINE

• **Tango Feroz.** Dir. Marcelo Piñeyro. Con Fernán Mirás, Imanol Arias y Cecilia Dopazo. Debate y charla con el público a cargo de **Víctor Pintos.** Hoy a las 2 en Villa Silvina Ocampo (Tucumán y Saavedra).
• **Europa.** Dir. Lars Von Trier. Con Jean-Marc Barr y Barbara Sukowa. Ciclo de cine arte a medianoche. Hoy, 0.30 en la Sala B (Centro Cultural Gral. Pueyrredón, 25 de Mayo y Catamarca).
• **La última tentación de Cristo.** Dir. Martin Scorsese. Con Willem Dafoe, Barbara Hershey y Harvey Keitel. Desde mañana hasta el domingo; a la 0.30 en la Sala B, Centro Cultural Pueyrredón.
• **Cabaret.** Dir. Bob Fose. Con Liza Minnelli y Michael York. Ciclo Tardes de Biógrafo. El miércoles 19 a las 17, en la Sala A (Centro Cultural Pueyrredón). Entrada libre.

• **Led Zeppelin** en Estocolmo 1969. **Los Beatles: gira mágica y misteriosa,** 1967 Ciclo Video Rock. Miércoles 19 a las 22 en Sala B (Centro Cultural Pueyrredón).

EL OTRO TEATRO

• **Shakespirado,** por el Grupo teatral **Passion.** Dir. Blanca Caraccia. Mañana, sábado y domingo a las 22.30 en la Sala B. (Centro Cultural Pueyrredón, 25 de Mayo y Catamarca).
• **Malena,** creación colectiva. Mañana, sábado y domingo a las 22.15 en la Sala A, Centro Cultural Pueyrredón.
• **El perro que los parió recrudece.** Unipersonal de **Fabio Posca.** Mañana y el sábado a la 0.30, en la Sala A, Centro C. Pueyrredón. • **Chúmbale,** de Oscar Viale. Grupo **La Máscara,** dir. Antonio Amallo. El domingo a las 22.30, en el Teatro del Patio. Centro C. Pueyrredón.

• **Tornillos flojos.** Grupo Teatral infantil **Crearte.** Desde hoy al domingo a las 20 en el Teatro Municipal Colón (H. Yrigoyen 1665).
• **Casa Matriz,** de Diana Raznovich. Dir. Roberto Moss. Con Analía Caviglia y Elisa Marval. Desde hoy al domingo, 0.15, en Villa Victoria (Matheu 1850).

VARIETE

• **El último sueño de Miró.** Exposición de pinturas de **Joan Miró** en el centenario de su nacimiento. Todos los días de 9 a 12 y de 17 a 22 en Villa Victoria (Matheu 1851).
• **La Forestal,** crónica cantada. Música: **Jorge Cánepa.** Textos: **Rafael Ielpi.** Grupo Nacional de Arte **Arteón,** con dirección de **Néstor Zapata.** Estreno lunes 17 a las 23.15 en el Teatro Payró (Casino Central).
• **Zapping,** show humorístico-musical. Grupo **Stress** de Mendoza. Domingo 16 desde las 23.30 en Papá Montero (España 1839).

PASEOS

El EMTUR prosigue con sus "Paseos para la gente inquieta":
• Hoy (de mañana), visita a la Base Naval Mar del Plata.
• Hoy (de mañana), visita a la Estación Terrena de Telecomunicaciones Vía Satélite de Balcarce.
• Hoy (tarde), visita a la Exposición de Caracoles Arte y Nácar.
• Mañana (tarde), visita al Archivo Histórico Municipal Villa Emilio Mitre.
• Martes (tarde), visita al Museo Municipal de Arte Juan Carlos Castagnino.
• Miércoles (de mañana), visita al Faro Punta Mogotes.
• Miércoles (de mañana), visita a la Cooperativa Marplatense de Pesca.
Los interesados deben inscribirse previamente en el EMTUR, diariamente de 18 a 24. Las visitas son de carácter libre y gratuito. Bvard. Marítimo Peralta Ramos 2267.
Micros de Excursión (parten desde el EMTUR):
• Circuito Laguna, Quintas y Canteras. Martes, de mañana. Visita a Granja La Piedra (entrada $ 2).
• Circuito Descubramos Nuestro Puerto. Jueves, de mañana. Visita al Museo del Hombre del Puerto Cleto Ciocchini (entrada $ 2).
La inscripción para los micros de excursión debe efectuarse con tres (3) días de anticipación.

